

El fin

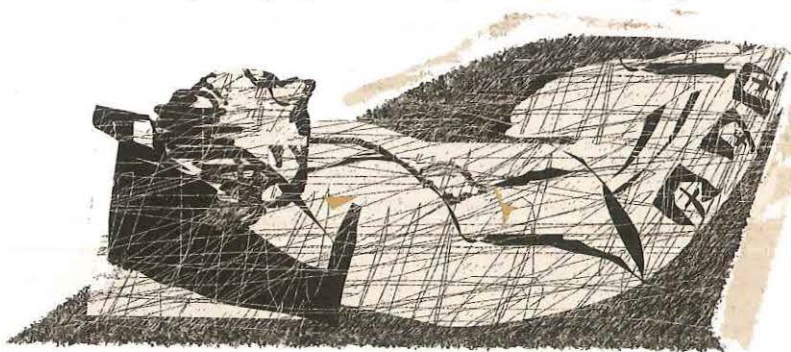
Recabarren, tendido, entreabrió los ojos y vio el oblicuo cielo raso de junco. De la otra pieza le llegaba un rasgueo de guitarra, una suerte de pobrísimo laberinto que se enredaba y desataba infinitamente...

Recobró poco a poco la realidad, las cosas cotidianas que ya no cambiaría nunca por otras. Miró sin lástima su gran cuerpo inútil, el poncho de lana ordinaria que le envolvía las piernas. Afuera, más allá de los barrotes de la ventana, se dilataban la llanura y la tarde; había dormido, pero aún quedaba mucha luz en el cielo. Con el brazo izquierdo tanteó hasta dar con un cencerro de bronce que había al pie del catre. Una o dos veces lo agitó; del otro lado de la puerta seguían llegándole los modestos acordes. El ejecutor era un negro que había aparecido una noche con pretensiones de cantor y que había desafiado a otro forastero a una larga payada de contrapunto. Vencido, seguía frecuentando la pulpería, como a la espera de alguien. Se pasaba las horas con la guitarra, pero no había vuelto a cantar; acaso la derrota lo había amargado. La gente ya se había acostumbrado a ese hombre inofensivo. Recabarren, patrón de la pulpería, no olvidaría ese contrapunto; al día siguiente, al acomodar unos tercios de yerba, se le había muerto bruscamente el lado derecho y había perdido el habla. A fuerza de apiadarnos de las desdichas de los héroes de la novelas concluimos apiadándonos con exceso de las desdichas propias; no así el sufrido Recabarren, que aceptó la parálisis como antes había aceptado el rigor y las soledades de América. Habitudo a vivir en el presente, como los animales, ahora miraba el cielo y pensaba que el cerco rojo de la luna era señal de lluvia.

Un chico de rasgos aindiados (hijo suyo, tal vez) entreabrió la puerta. Recabarren le preguntó con los ojos si había algún parroquiano. El chico, taciturno, le dijo por señas que no; el negro no contaba. El hombre postrado se quedó solo; su mano izquierda jugó un rato con el cencerro, como si ejerciera un poder.

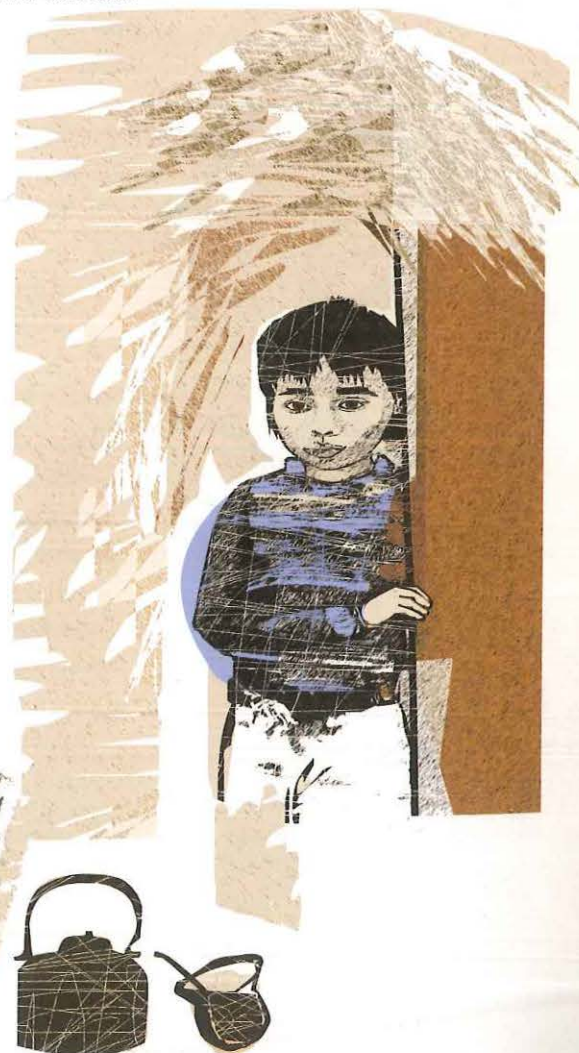
La llanura, bajo el último sol, era casi abstracta, como vista en un sueño. Un punto se agitó en el horizonte y creció hasta ser un jinete, que venía, o parecía venir, a la casa.

Recabarren vio el chambergo, el largo poncho oscuro, el caballo moro, pero no la cara del hombre, que, por fin, sujetó el galope y vino acercándose al trotecito. A unas doscientas varas dobló. Recabarren no lo vio más, pero lo oyó chistar, apearse, atar el caballo al palenque y entrar con paso firme en la pulpería.



JORGE LUIS
BORGES
(1899-1986)

Nació en Buenos Aires y murió en Ginebra, Suiza. Escritor de una cultura vastísima, sus numerosas obras, que incluyen ensayo, poesía y cuento, lograron un reconocimiento universal y han ejercido una notable influencia en la producción de grandes escritores. Entre sus obras en verso se destacan *Fervor de Buenos Aires* (1923) y *Luna de enfrente* (1925); en prosa, los cuentos de *Ficciones* (1944), *El Aleph* (1949) y *El informe de Brodie* (1970), y los ensayos de *Discusión* (1932) y *Otras inquisiciones* (1952).





Sin alzar los ojos del instrumento, donde parecía buscar algo, el negro dijo con dulzura:

—Ya sabía yo, señor, que podía contar con usted.

El otro, con voz áspera, replicó:

—Y yo con vos, moreno. Una porción de días te hice esperar, pero aquí he venido.

Hubo un silencio. Al fin, el negro respondió:

—Me estoy acostumbrando a esperar. He esperado siete años.

El otro explicó sin apuro:

—Más de siete años pasé yo sin ver a mis hijos. Los encontré ese día y no quise mostrarme como un hombre que anda a las puñaladas.

—Ya me hice cargo —dijo el negro—. Espero que los dejó con salud.

El forastero, que se había sentado en el mostrador, se rio de buena gana. Pidió una caña y la paladeó sin concluirla.

—Les di buenos consejos —declaró—, que nunca están de más y no cuestan nada. Les dije, entre otras cosas, que el hombre no debe derramar la sangre del hombre.

Un lento acorde precedió la respuesta del negro:

—Hizo bien. Así no se parecerán a nosotros.

—Por lo menos a mí —dijo el forastero y añadió como si pensara en voz alta—: Mi destino ha querido que yo matara y ahora, otra vez, me pone el cuchillo en la mano.

El negro, como si no lo oyera, observó:

—Con el otoño se van acortando los días.

—Con la luz que queda me basta —replicó el otro, poniéndose de pie.

Se cuadró ante el negro y le dijo como cansado:

—Dejá en paz la guitarra, que hoy te espera otra clase de contrapunto.

Los dos se encaminaron a la puerta. El negro, al salir, murmuró:

—Tal vez en este me vaya tan mal como en el primero.

El otro contestó con seriedad:

—En el primero no te fue mal. Lo que pasó es que andabas ganoso de llegar al segundo.

Se alejaron un trecho de las casas, caminando a la par. Un lugar de la llanura era igual a otro y la luna resplandecía. De pronto se miraron, se detuvieron y el forastero se quitó las espuelas. Ya estaban con el poncho en el antebrazo, cuando el negro dijo:

—Una cosa quiero pedirle antes que nos trabemos. Que en este encuentro ponga todo su coraje y toda su maña, como en aquel otro de hace siete años, cuando mató a mi hermano.

Acaso por primera vez en su diálogo, Martín Fierro oyó el odio. Su sangre lo sintió como un acicate. Se entreveraron y el acero filoso rayó y marcó la cara del negro.

Hay una hora de la tarde en que la llanura está por decir algo; nunca lo dice o tal vez lo dice infinitamente y no lo entendemos, o lo entendemos pero es intraducible como una música... Desde su catre, Recabarren vio el fin. Una embestida y el negro reculó, perdió pie, amagó un hachazo a la cara y se tendió en una puñalada profunda, que penetró en el vientre. Después vino otra que el pulpero no alcanzó a precisar y Fierro no se levantó. Inmóvil, el negro parecía



vigilar su agonía laboriosa. Limpió el facón ensangrentado en el pasto y volvió a las casas con lentitud, sin mirar para atrás. Cumplida su tarea de justiciero, ahora era nadie. Mejor dicho era el otro: no tenía destino sobre la tierra y había matado a un hombre.

Jorge Luis Borges, *Ficciones*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974.

ACTIVIDADES

- Trabajen con uno o varios diccionarios para resolver las consignas que siguen.
 - Reflexionen sobre las diferencias de sentido entre estos términos: *fin*, *final*, *finito*, *finalidad*.
 - El título del cuento alude literal, específicamente, a un determinado *fin*: ¿a cuál?
 - Si piensan en ese título con un significado más amplio e inclusivo, en relación con el personaje, la obra y la literatura gauchesca, ¿qué otros valores adquiere?
 - Expliquen los significados de la palabra *contrapunto* en estos casos:
 - “... y que había desafiado a otro forastero a una larga payada de *contrapunto*.”
 - “—Dejá en paz la guitarra, que hoy te espera otra clase de *contrapunto*.”
 - ¿En cuál de los dos ejemplos la palabra tiene un sentido figurado o metafórico?
- Relean el último fragmento del cuento: ¿qué sucede?
 - Comenten el significado del final que propone Borges:
“Cumplida su tarea de justiciero, *ahora era nadie*. Mejor dicho *era el otro*: no tenía *destino* sobre la tierra y había matado a un hombre”.
 - Teniendo en cuenta las frases destacadas en la cita anterior, ¿cuáles son los dos temas, recurrentes en la obra de Borges, que presenta explícitamente?
 - ¿Qué cambios introduce este fin con respecto al final de Fierro en *La vuelta*?
- En el comienzo Recabarren, un personaje testigo al que el narrador toma como eje de la mirada, es quien observa y oye lo que sucede, sabe lo que alcanza a ver u oír, y registra el comienzo y el fin de los hechos.
 - ¿Qué sucede entre ambos momentos?
 - Reflexionen sobre los efectos que produce la presencia de ese personaje.
 - Reescriban el comienzo del cuento desde la perspectiva de Recabarren, con un narrador en primera persona que observa y relata los acontecimientos. Háganlo con el texto a la vista: si bien no es necesario que imiten el estilo de Borges, mantengan el tono y el ritmo del original.
 - Elijan o hagan una ilustración para ese nuevo comienzo.

OTROS RECORRIDOS DE LECTURA

- Es importante que completen la lectura de las dos partes del *Martín Fierro*.
- Si les interesa en particular el tema del folclore (coplas, adivinanzas, piropos, relatos tradicionales), dos libros muy atractivos son: *Retablo popular*, de Rafael Jijena Sánchez y *Selección del cancionero popular de La Rioja*, de Juan A. Carrizo.
- Lean la caracterización del gaucho malo y del cantor que hace Sarmiento en el capítulo 2 de *Facundo*.
- A quien le interese la historia de Santos Vega, “el payador aquel de la larga fama”, además de la versión de Hilario Ascasubi (*Santos Vega o Los mellizos de la flor*), también pueden leer el poema de Rafael Obligado que se titula *Santos Vega*.
- Lean los otros dos cuentos de Jorge Luis Borges que reelaboran situaciones y momentos de la historia de Fierro: “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)” (en *El Aleph*) y “Martín Fierro” (en *El hacedor*).